



leo la Palabra

Mt 4, 12-23

Cuando Jesús oyó que Juan estaba en la cárcel, se dirigió a Galilea. Pero no se quedó en Nazaret, sino que se fue a vivir a Cafarnaún, a orillas del lago, en los territorios de Zabulón y de Neftalí. Esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el profeta Isaías:

“Tierras de Zabulón y de Neftalí, más allá del Jordán, a la orilla del mar: Galilea de los paganos. El pueblo que andaba en oscuridad vio una gran luz; una luz iluminó a los que vivían en sombras de muerte.”

Desde entonces comenzó Jesús a proclamar: “¡Volveos a Dios, porque el reino de los cielos está cerca!”

Jesús paseaba por la orilla del lago de Galilea, cuando vio a dos hermanos: a Simón, también llamado Pedro, y a Andrés. Eran pescadores, y estaban echando la red al agua. Jesús les dijo:

–Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres.

Al momento dejaron sus redes y se fueron con él.

Un poco más adelante vio Jesús a otros dos hermanos: Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que estaban con su padre en una barca reparando las redes. Jesús los llamó, y al punto, dejando ellos la barca y a su padre, le siguieron.

Recorría Jesús toda Galilea enseñando en la sinagoga de cada lugar. Anunciaba la buena noticia del reino y curaba a la gente de toda clase de enfermedades y dolencias.



medito la Palabra

Jesús no se expuso al peligro temerariamente. En efecto, Él —que no teme proclamar la verdad— decide retirarse, al conocer que —tal como ya habían hecho con Juan Bautista— sus enemigos también querían matar-lo. Si al que pasa haciendo el bien sus detractores intentaran hacerle daño, no te extrañe que tú también sufras persecuciones, tal como nos lo anunció el Señor.

«Cuando Jesús supo que Juan había estado encarcelado, se retiró a Galilea» (Mt 4,12). Sería imprudente desafiar a los peligros sin un motivo proporcionado. «Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando la buena nueva del Reino y curando entre el pueblo enfermedades y lacras de toda clase» (Mt 4,23). Ni

las amenazas, ni el miedo por el qué dirán o las posibles críticas pueden hacernos retroceder de hacer el bien. Los que estamos llamados a convertirnos en sal y luz, operadores del bien y de la verdad, no podemos ceder ante el chantaje de la amenaza, ni ante el frío de los indiferentes.

¿Cumple la voluntad de Dios? ¿Soy justo en cualquier ambiente? ¿Sigo lo que me dice la conciencia?



rezo con la Palabra

Tu rostro en cada esquina

Señor, que vea...
...que vea tu rostro en cada esquina.
Que vea reír al desheredado,
con risa alegre y renacida
Que vea encenderse la ilusión
en los ojos apagados
de quien un día olvidó soñar y creer.
Que vea los brazos que,
ocultos, pero infatigables,
construyen milagros
de amor, de paz, de futuro.
Que vea oportunidad y llamada
donde a veces sólo hay bruma.
Que vea cómo la dignidad recuperada
cierra los infiernos del mundo
Que en otro vea a mi hermano,
en el espejo, un apóstol
y en mi interior te vislumbre.

Porque no quiero andar ciego,
perdido de tu presencia,
distráido por la nada...
equivocando mis pasos
hacia lugares sin ti.

Señor, que vea...
... que vea tu rostro en cada esquina.

José M. R. Olaizola



otras palabras me ayudan

Iba bajando Ramblas hacia abajo, dirección al puerto. Las manos en el bolsillo, el cuello del abrigo tapando hasta las orejas y el corazón conmovido por la palabra que había sentido en lo más íntimo. Era la noche de un día más bien frío. La gente, como siempre, ruidosa, caminando sola o en pequeños grupos, caminando, errando, hablando y robando. Una pequeña humanidad de todos los colores y con todas las tonalidades. Una buena mezcla de gozo y de pánico, un interrogante clavado en el mismo muelle de la vibración afectiva. Y venía de ti. Como si me hubieras clavado la mirada, amable, dulce y fuerte, diciendo con aquel lenguaje que va más allá de los motes: ¿quieres?

No era la primera vez que me planteabas la posibilidad de dejarlo todo y saltar a la otra orilla para consagrarme a ti en cuerpo y alma. Intentar hacer un seguimiento visible, comunitario, afectivo y total, para irme identificando contigo. Lo sentí ya en aquellos días de retiro de hace dos años, y entré en una confusión total. Pienso que hasta te evité. Huía de ti. ¡Como sería posible que cortara todos los proyectos! ¿Porqué yo? Seguro que encontrarías muchos mejores, y me podrías a mi dejarme en paz para hacer mi vida. Creo que ahogué tu llamada acumulando razones contrarias hasta pensar, sin estar convencido, que aún te hacía un favor.

Pero hoy, después de la oración de jóvenes, y cantando aquella letra “no fijéis los ojos en nadie más que en Él”, casi de repente, he entendido lo que me decías: ¿quieres?

“¿Qué esperas de mi, Dios mío?” Ya estoy al lado del mar. No hay nadie. El viento es helado. Querría decirte que sí. Tan sólo por una razón. “Te lo mereces, Jesús”. No te hago ningún favor, ya lo sé; pero te lo mereces, me estás seduciendo definitivamente.

Jesús Renau, S.J.



la imagen



www.webdepastoral.salesians.info

viviendo
iafondo!

Podéis consultar:

pregaria.cat